

TRADICIÓN Y APORTE DE LOS TÓPICOS DE ARISTÓTELES:  
ANÁLISIS DE SU EPÍLOGO

GRACIELA M. CHICHI

En las últimas páginas de uno de los escritos que posteriormente habrían de ser agrupados bajo el *Organon*<sup>1</sup>, Ar. recapitula lo investigado tanto en el *corpus* transmitido como Refutaciones Sofísticas<sup>2</sup> (cfr. *ib.* 183a27-34) cuanto en el conjunto de Los Tópicos, recordando esta vez de manera general su contenido (cfr. *ib.* 183b8-15). Además, explica cuál es la tarea (ἔργον) que el tratado pretende apoyar (cfr. *ib.* 183b37-b6) y se pronuncia, finalmente, acerca de la novedad de sus investigaciones haciendo referencia a la tradición que reconoce. Objetivo de estas páginas quiere ser, por lo pronto, investigar el contexto histórico que tiene en cuenta Ar. en el epílogo de Los Tópicos, en especial, qué rescata de quienes menciona y cuál pretende ser el aporte del escrito que con tales palabras

---

<sup>1</sup>El título post-aristotélico de "τὰ ὀργανικά" sólo da testimonio de discusiones *tardías* sobre el rol y la función de los escritos "lógicos". Sobre qué pensaba el propio maestro al respecto cfr. *Met.* IV 3, 1005b2-5; 4, 1006a5-6; *De Part. An.* I 639a1-2; *EN.* I 4 1094b23-27. Cfr. Moraux (1951), p. 162.

<sup>2</sup>Las ediciones de Waitz (1844-46) y de Gohlke (1929), en cambio, hablan del libro IX directamente. Ross (1958) lo edita, por un lado, bajo este título y, por otro lado, señala que se trata del noveno libro - "I" por libro "iota" - de Los Tópicos. A partir de aquí la cuestión es si el escrito transmitido como Refutaciones Sofísticas es independiente o, por el contrario, forma parte del conjunto. Brunschwig (1967) los descarta de una presentación general (cfr. p. 20). Zadro (1974) habla de una unidad textual pero no los incluye en su comentario (cfr. p. 38).

cierra<sup>3</sup>.

Ar. declara que por vez primera habría sido investigado por él mismo el campo de objetos definido como argumentar ("συλλογίζεται" Sop. El. 34 184b1-2) y que, por ende, el tratado ofrecería un auténtico comienzo (*ib.* 183b34-36). Para fundamentar estas tesis Ar. parte de la distinción entre aquellos descubrimientos que tienen lugar dentro de una disciplina ya constituida, en virtud, justamente, del aporte que antecesores legan a sucesores, y aquellos descubrimientos que marcan el comienzo en un terreno virgen en donde todavía no hay tradición alguna (Sop. El. 183b17-22). A la luz del estadio correspondiente Ar. señala, entonces, su aporte y espera el juicio de los oyentes y de los lectores. Con la necesaria indulgencia con la que se mira una investigación en ciernes el destinatario de las lecciones de Los Tópicos deberá evaluar si Ar. aportó un método así como lo hicieron los pioneros de otras disciplinas (cfr. *ib.* 184b1-8 en correspondencia con los parámetros marcados en *ib.* 183b21-6). Términos de comparación son *dos tradiciones*, de las cuales en el contexto una resulta *externa* pero es tomada como modelo en determinado respecto, y otra *interna*. La última es, además, blanco de la crítica del filósofo y, consecuentemente, debería haberse superado en el curso del propio tratado. Ahora bien, la razón de la distinción entre ellas reside además, según nuestra lectura, en el hecho de que en el epílogo subyace el contraste entre dos ámbitos de objetos en correspondencia con escritos distintos pertenecientes a disciplinas o artes que, como fue aclarado antes, habrían de observar distintas etapas de

---

<sup>3</sup>En otra oportunidad, nos ocupamos de mostrar que la dialéctica aristotélica reconoce la técnica legada por Sócrates, porque comprende aquella habilidad de preguntar que éste enseñara y aspira a ofrecer aquello que el maestro de Platón no habría podido enseñar porque no sabía: a responder. Cfr. "Consideraciones acerca del testimonio de Aristóteles sobre Sócrates en Ref. Sof. 34 183b6-8", ponencia leída en las Primeras Jornadas Uruguayas de Estudios Clásicos, Fac. de Humanidades y Cs. de la Educación de la Univ. Nacional de Uruguay (28 al 30.10.94, Montevideo, Uruguay).

desarrollo (Sop. El. 183b15-184b8). Ar. opone "en los argumentos retóricos" ("περὶ τοὺς ῥητορικοὺς λόγους" *ib.* b25-26) al ámbito del argumentar (*ib.* 184b1), pues los mencionados argumentos "erísticos" (cfr. *ib.* b36-7) e interrogativos (cfr. *ib.* b38) caerían de hecho bajo la competencia de "este tratado" ("περὶ ταύτην τὴν πραγματείαν" *ib.* b17 y b34-35); lo cual está reforzado por el "δὲ" adversativo en *ib.* b34. Además, los argumentos retóricos no aparecen en ninguna de las tres clasificaciones de argumentos que contiene el tratado<sup>4</sup>, ausencia que, por otro lado, explicaría que desde un punto de vista general Ar. reconozca alguna vez que la clasificación sea sólo un bosquejo o aproximativa (cfr. Top. I 1 101a18).

Explicados los supuestos que, según nuestra lectura, están en juego en el epílogo, veamos qué tradiciones están aludidas. La retórica funciona como aquel modelo *externo*<sup>5</sup> a las investigaciones concluidas por Ar. y ejemplifica el primer tipo de descubrimientos, aquéllos que tuvieron lugar a lo largo de sucesivas generaciones, porque a causa de los respectivos aportes -afirma- ya en esa época la disciplina había crecido considerablemente (cfr. *ib.* b25-26 en correspondencia con b33-34). Pero, la referencia y hasta la misma comparación con los maestros de retórica resultan, sobre todo, significativas, dado el nivel *sistemático* que la disciplina históricamente había alcanzado gracias a ellos. Semejante nivel pretende y ansia, en definitiva, Ar. para su tratado. En pocas palabras, en el tiempo que Ar. redactara estas páginas la retórica era una "τέχνη" ya constituida y por eso pudo ser considerada como modelo para las *nuevas* investigaciones sobre el argumentar. Fuera del epílogo, hay que recordar que la retórica también apareció como

<sup>4</sup>Cfr. Top. I 1 100b27-101a19; VIII 11 162a12-18; Sop. El. 2.

<sup>5</sup>En Rhet. I 1-2 son rastreadas las semejanzas y las diferencias entre la retórica y la dialéctica sirviéndose, esta vez, de la última como modelo *conocido*. Recién a partir de Rhet. I 2 1357a1-2 la retórica, presentada antes como habilidad de argumentar universalmente aplicable, queda restringida a lo que es objeto de deliberación.

modelo, allí cuando tocó explicar algunas reglas de la discusión (cfr. Top. VIII 14 164a5-11)<sup>6</sup>. Pero, fuera del tratado que nos ocupa, esta valoración de los antecedentes de la retórica no ha de ser definitiva. También habrá espacio para la crítica, esta vez, *interna* de la disciplina, cuando Ar. acusa a sus predecesores de no haberse ocupado de estructuras y de aspectos metódicos esenciales sino sólo de haber enseñado a convencer apelando a los sentimientos dejando de lado el "cuerpo de la persuasión": el entimema (cfr. Rhet.I 1 1354a14-26; b17-1355a2; 1355b19-20)<sup>7</sup>. Pero, dejando de lado la crítica interna, fundada, por cierto, en otros objetivos de investigación, volvamos a aquellas contribuciones que Ar. reconoce y valora en forma positiva en el capítulo 34 de las llamadas Refutaciones Sofísticas. A pesar de los escasos testimonios conservados sobre los comienzos de la retórica se sabe que con los estudios de Tisias, de Trasímaco y de Teodoro, nombrados en el epílogo (cfr. *ib.* 183b31-32), habrían sido descubiertos los principios y luego, paulatinamente, desarrolladas distintas temáticas pertenecientes al dominio de la disciplina. De comienzos del siglo V a. C. en Sicilia data, en efecto, la propia fundación de la oratoria por parte de Kórax y de Tysias, quienes reflexionaron acerca del discurso de corte jurídico-político, sin haber podido aún distinguirlos como tales. En la escuela de Sicilia<sup>8</sup> se habría descubierto, en particular, la

<sup>6</sup>El mismo rol desempeña la matemática, cfr. Top. II 3 110b4-7; VIII 3 158b29-159a2; 11 161a33-36; 14 163b23-28.

<sup>7</sup>Se sabe que todavía en el siglo IV predominaban los recursos "extra-argumentativos" en el curso de los procesos judiciales y que "el arte del discurso jugaba un rol mínimo". Los ejemplos son justamente obras de Lysias: Noveno discurso, Vigésimo tercero, Contra Eratóstenes, Contra Agoratos, en donde la prueba consiste en la refutación de las objeciones esperadas a través de ataques personales al protagonista del caso en cuestión (cfr. Kroll "Rhetorik", *Pauly Wissowa; Real Enzyklopädie*, Supl. VII, p. 1069).

<sup>8</sup>Según Platón, Tysias habría sido el maestro de Gorgias de Leontini (cfr. Phaidros 261c; 267a), como también de Lysias de Thurii y hasta de Isócrates (436-338) quien fundara la escuela de retórica en Atenas (cfr. Phaidros

argumentación llamada "símil" ("εἰκός") (cfr. Phaidros 267a6-7), al principio usada en los discursos judiciales y criminales. Trasímaco de Calcedonia (450 a.C.) habría sido el autor de *Μεγαλή τέχνη* y de un estilo oratorio<sup>9</sup>. El aporte de Theodoro de Bizancio, otro significativo teórico de la retórica del siglo V, debió haber sido la división del discurso en seis partes (Phaidros 266e), refinando los principios propuestos ya antes por Kórax<sup>10</sup>. Resumiendo, a la vista de tales contribuciones deberíamos entender la mención de los maestros de retórica y, entre otras, las siguientes expresiones de Ar. en el epílogo:

"acerca de los argumentos retóricos se disponía de muchos y antiguos escritos ("τὰ λεγόμενα"); acerca del argumentar ("περὶ δὲ τοῦ συλλογιζέσθαι"), en cambio, no teníamos nada en absoluto" (Sop. El. 184a9-b1).

Con las últimas palabras, en cambio, Ar. polemiza con quienes sí se habrían ocupado del argumentar. Siguiendo el criterio, propuesto por nuestra reconstrucción, de distinguir dos disciplinas en función, sobre todo, de objetos distintos involucrados: los argumentos retóricos "versus" los erísticos y en general el "argumentar" (*ib.* 184b1), además de reparar en los progresos que en cada caso se hubieran hecho, entendemos que en relación a las últimas líneas el filósofo tiene en vista una segunda tradición, esta vez, *interna*. Textualmente:

"quienes enseñaban argumentos erísticos a cambio de dinero, <hacían algo> semejante al estudio de Gorgias. Unos daban a memorizar argumentos retóricos, otros <estructuras>

---

278e-279b) (cfr. Schleiermacher notas *ad loca* y, en general, Kennedy (1963), cap. III). Respecto de la filiación oratoria de Gorgias, cfr. Kroll, *art. cit.*, § 4, pp. 1039-40.

<sup>9</sup>Otros piensan en *Τέχνη Ρητορική ο Ἄφορμαὶ ῥητορικαί* según el frag. B 6 en *Die Fragmente der Vorsokratiker* (H. Diels y W. Kranz), Berlin, 1956 (cfr. T. Gomperz (1912); p. 49). De la misma forma, es interpretado el testimonio de Aristófanes en *Aves* 880 (Cfr. Kennedy (1963), pp. 68-70).

<sup>10</sup>Cfr. Kroll *art. cit.*, p. 1045.

interrogativas, sobre los cuales además solían tratar en la mayoría de los casos los argumentos de unos y de otros" (*ib.* 183b36-184a1).

De ellos Ar. se quiere distinguir metódicamente, pues a continuación de esta caracterización al punto explica:

"Por ello la enseñanza para los que aprendían al lado de ellos era rápida pero sin técnica ("ἄτεχνος"); porque sin dar la técnica sino las <cosas> que se derivan de la técnica ("τὰ ἀπὸ τῆς τέχνης") creían enseñar." (*ib.* 184a1-3).

A través de una analogía ilustra lo que hasta entonces se había enseñado en oposición a lo que él mismo habría ofrecido a lo largo del escrito en cuestión y, consecuentemente, por qué no reconoce que aquellos maestros hubieran aportado algo sobre la materia del argumentar. En la analogía resultan comparadas dos formas de enseñar. En particular, habla de un zapatero que bien puede enseñar a cubrir la necesidad ofreciendo toda clase de zapatos o bien puede transmitir el arte enseñando aquello a partir de lo cual se consiguen los zapatos (*cfr. ib.* 184a4-8).

Ahora bien, antes de ocuparnos de identificar el contexto de la crítica y de interpretar la analogía, esto es, en qué sentido Ar. pretende haberlos superado "enseñando a argumentar", planteamos una pregunta histórica que cuestiona, sin duda, aquella división que propusimos entre una tradición externa, retórica, y otra interna, por otro lado; la cual involucraría, a nuestro modo de ver, a ciertos representantes de la *sofística* antigua. La cuestión es si es posible distinguir -como pensamos- entre aquella "enseñanza paga, memorística, acerca de argumentos retóricos y de piezas interrogativas comúnmente aplicables" (*cfr. ib.* 183b35-184a8), y los maestros de retórica nombrados antes (*cfr. ib.* 183b26-34). Dicho de otro modo, ¿hasta qué punto sería legítimo diferenciar los maestros de aquella enseñanza - los "sofistas" -, de aquellos teóricos de la retórica, *teniendo en cuenta* que quienes fueron considerados

después sofistas se desempeñaron de hecho como maestros de retórica? Dejando de lado el texto del epílogo de Los Tópicos, el punto es, ahora, saber si la distinción entre maestros de oratoria tales como Tysias hasta Trasímaco, o como Demóstenes e Isócrates, por un lado, y aquellos maestros que enseñaban a argumentar como Gorgias, Protágoras, etc., por el otro, es verosímil y defendible desde un punto de vista histórico.

En primer lugar, debe ponerse atención sobre el hecho de que *bajo la denominación de sofista* ("σοφιστής") se aludía a quien se destacaba entre la mayoría por sus capacidades intelectuales, a quien, en definitiva, transmitía el saber de su época; motivo por el cual el título era equivalente al de sabio<sup>11</sup>. A pesar de esto, sin embargo, *a favor de* la existencia de *dos tradiciones diferentes* habla el hecho de que se admita en principio una influencia de la sofística en el desarrollo de la retórica, fijada por ciertos helenistas en la segunda mitad del siglo V a.C. y determinada sobre todo por el cultivo de la improvisación por parte de los llamados "sofistas". En este sentido, entonces, los proemios y los epílogos de Antifón de Atenas y los elogios de Trasímaco vendrían a ejemplificar aquellas piezas discursivas ya armadas y memorizables, que cierta tradición latina post-aristotélica llamó "Loci communes"<sup>12</sup>. Pero, desde un punto de vista general, recién a Platón se debe el *concepto unitario de los sofistas* al mostrarlos como maestros pagos, preocupados por formar buenos oradores, que defendían por igual tanto lo justo como lo injusto, orgullosos, sobre todo, de un supuesto saber; todo lo cual resultaba siempre irreconciliable con los valores

---

<sup>11</sup>Cfr. Kroll *art. cit.*, p. 1040. "In their own day they <the Presocratic "scientists" so called, and the "Sophist" so called> were both recognized simply as "intellectuals", the original meaning of the term *sophistai*." (Havelock (1934), en A. Patzer (1987), pp. 253-4).

<sup>12</sup>Cfr. Kroll, *art. cit.*, §§ 5, 6 y 7; quien así interpreta Sop. El. 183b36-184a1. Para G. Kennedy, Gorgias habría sido el criticado por Ar.. En tal caso, el autor estaría olvidando los aportes sistemáticos del sofista sobre retórica (cfr. *op. cit.*, cap. III, p. 62).

representados en sus diálogos por Sócrates (cfr. Protag. 328b y Ar. Et. Nic. 1164a22-26)<sup>13</sup>. Pero, aún aceptando la categoría "unitaria" de sofistas, por otro lado, no hay juicio unánime sobre si Trasímaco y Gorgias fueron considerados por su época como tales. En efecto, estaría documentado el desempeño de Trasímaco como maestro de retórica -tal como lo considera Ar. en el epílogo- pero no las ideas que le atribuye Platón (cfr. Resp. I)<sup>14</sup>. Gorgias de Leontini (- 490/80-380) habría pertenecido, como se dijo, a la escuela retórica de Sicilia<sup>15</sup>; y sus aportes a la oratoria forense y al género epidíctico fueron reconocidos por el propio Platón (cfr. Phaidr. 267a6-b y Gorg. 449c; 471e), quien, sin embargo, no salvó a sus discípulos de la crítica<sup>16</sup>. Pero, por otro lado, también es claro que al criticar la enseñanza de Gorgias de manera indirecta en Sop. El. 183b37-8, el propio Ar. estaría también ignorando de hecho su actuación y sus aportes en la misma disciplina cultivada por Trasímaco. *En suma*, los testimonios externos sobre ambas figuras - los de Platón, sin ir muy lejos - difieren de la presentación de Ar. en el epílogo que estudiamos. El texto del epílogo nos autorizaría, en todo caso, a hablar de los representantes de esa segunda referencia como "erísticos" en

<sup>13</sup>Gigon (1947) afirma que ya a fines del siglo V y a principios del IV era reconocida la oposición entre la jactancia ("ἀλαζονεία") sofística y la ironía ("εἰρωνεία") socrática (cfr. Patzer (1987); pp. 270-322, espec. pp. 314-5). También T. Gomperz (1912) habla de una "marca exterior" de "la sofística" consistente en desatender todo contenido específico que no sea el ideal formal de instrucción con fines de estilo (cfr. p. 39). Al final, el helenista encuentra en la oposición a Sócrates otro factor aglutinante para presentar a aquellos maestros (cfr. *ib.* 287-291).

<sup>14</sup>Cfr. Gomperz (1912), p. 49-50 y Classen (1986), p. 204.

<sup>15</sup>El propio Tysias lo habría acompañado en su llegada a Atenas en el 427 a. C. (cfr. Guthrie (1969) vol. III, p. 192). La embajada habría de promover el intercambio cultural entre Sicilia y Atenas, además de mostrar el progreso de la teoría occidental (cfr. Kennedy (1968), cap. III).

<sup>16</sup>Isócrates (436-338) habría arribado a la teoría de la oportunidad ("καιρός") elaborando ideas gorgianas (cfr. Kroll *art. cit.*, §§ 6 y 7). Para la crítica a Isócrates, cfr. Euthyd. 304d y sobre todo Phaidr. 278e-279a.

general en lugar de llamarlos "sofistas" y bajo aquel título categorizar, en todo caso, el estudio de Gorgias (Sop. El. 34 183b36-8).

Bajo el título de "erístico", se asocia también la figura de Protágoras de Abdera. Para algunos, Isócrates asociaría a Protágoras a la enseñanza de la erística (cfr. Contra Sophis., Helena 2). Lo mismo estaría pensando Platón (cfr. Theait. 167e-168a, Protag. 329,337a-b, Soph. 232e)<sup>17</sup>. De la antigüedad data la creencia de que Protágoras habría sido autor de una Ἐριστικὴ Τέχνη y de Ἀντιλογική (cfr. Diógenes Laercio IX §55, para la primera quizás Platón Sof. 232e). Pero, en el mismo sentido en que aclaramos que la representación que la tradición pudo haberse forjado de la sofística está inevitablemente ligada a los testimonios de Platón y, por lo tanto, está teñida de sus *prejuicios* - de modo que la tarea para el intérprete no sería otra en principio que explicitarlos -, debe tenerse en cuenta que la calificación de Protágoras como "erístico" se remontaría también al mismo concepto *platónico* de erística. Sin duda, la habilidad que los sofistas pregonan enseñar: argumentar acerca de toda cuestión en un sentido y en su contrario, se remontaría a lo proclamado por Protágoras (cfr. Diógenes § 51). Pero, como se dijo, Platón es el autor de que se presente de aquella forma a los principales sofistas y al arte que enseñaron. El mismo los critica, desde esta presentación, señalando que aquella habilidad o experiencia sobre argumentos coincide con un sentido negativo de retórica como simulación e inevitablemente debe estar referida a apariencias (cfr. Phaidr. 259e, 261d-262c; Gorg. 455a, 459d-461b, 463d-466b); cuando no, prefiere y opone el método filosófico a la caza erística de la verdad (cfr. Theait. 167d-168, Resp. 537-9, Phaid. 89-90, Soph. 225e, 232e). Considerando el testimonio platónico hasta se interpreta que la erística de Protágoras sea

---

<sup>17</sup>Cfr. Ryle (1965), p. 46. Pero, si Isócrates pensó en el sentido antiguo de "ἔρις" referido a discusiones, no se trataría del acuñado por Platón en oposición a la dialéctica (cfr. Eucken (1983), pp. 10-1).

antecedente directo para reconstruir lo que hacía Sócrates<sup>18</sup>. En vista de lo anterior es claro que la erística atribuida por Platón a Protágoras en particular responde, entonces, al concepto platónico de erística.

Sobre la pregunta que nos planteáramos extraemos como conclusión que en las reconstrucciones *generales* más eruditas ofrecidas sobre el movimiento cultural que tuvo lugar en Atenas en los siglos V y IV a.C. se acuerda en distinguir a los teóricos de la retórica y a oradores, de aquéllos que se desempeñaron también como maestros de tal arte, aquéllos pensadores que toda historia de la filosofía presenta bajo el rótulo de "sofistas". Pero, esta distinción no asegura que el juicio respecto de personajes *en particular* deba ser unánime. Lo último se debe, sin duda, al hecho de que sus obras no han llegado hasta nosotros y que en el mejor de los casos contamos con testimonios indirectos, sin duda, *interpretados*. A este punto, resulta significativo compararlos a fin de constatar diferencias o de reconocer eventuales presupuestos.

Bosquejada la situación desde un punto de vista general, examinaremos ahora sí en qué sentido fue interpretada la crítica de Ar. en Sop. El. 183b36-184a1. Para identificar el blanco de la crítica, los *scholars* parten, obviamente, de la descripción aristotélica, esto es, una enseñanza semejante a la de Gorgias que promovería el rol de la memoria y el uso de piezas discursivas de una aplicabilidad considerable. En primer lugar, hay acuerdo en reconocer que con el giro "(aquellas fórmulas) bajo las cuales suelen caer argumentos" ("εις οὐς πλειστάκις ἐπίπτειν ..." Sop. El. ib.183b39-184a1) Ar. estaría refiriéndose a los "loci communes" de la retórica<sup>19</sup>, mientras

<sup>18</sup>Cfr. Gomperz (1912), p. 287; Ryle (1965), p. 45; Rossetti (1971) (cfr. Patzer (1987), p. 423). Sólo Untersteiner (1949) defiende lo contrario, esto es, la filiación socrática del método de Protágoras testimoniado por D. L. en IX 51 (cfr. *ib.* nota 93).

<sup>19</sup>Tal es la tesis de Solmsen (1929) p. 170, seguida por Kroll, *art. cit.*, p. 1044; por Wieland (1958), p. 344; y por Kennedy (1963), cap. III. Solmsen interpretó el pasaje a la luz de la tradición latina post-aristotélica, que

que sólo una minoría interpreta que bajo esta expresión ya estaría aludido el sentido técnico de lo que Ar. llama "τόπος"<sup>20</sup>. Planteado cómo fue interpretada aquella expresión, los primeros suponen, entonces, que *Protágoras de Abdera* (480-410 a.C.) sería el blanco de la crítica, apoyándose en la citada tradición latina que lo nombra junto a Gorgias por el uso de aquellas fórmulas. Pensando que los "lugares comunes" serían el eje alrededor del cual se centraba la educación impartida por los sofistas y que esto se diferenciaría de la enseñanza *teórica* propuesta por los manuales de retórica judicial escritos por los maestros mencionados en 183b31-2 (cfr. Platón *Phaidr.* 266d5), se afirma que Ar. criticaría a alguno de los representantes del primer tipo de enseñanza (sofística). En segundo lugar, también piensan en Protágoras quienes destacan la importancia que la memoria en general tenía para el entrenamiento dialéctico a cargo de la sofística, por ej. a partir de Hippias de Elis, la cual habría sido recogida por el abderita, o bien como autor de *Ἀντιλογική*<sup>21</sup> o bien como autor del apócrifo *Δίσσοι Λόγοι*<sup>22</sup>. Además de Protágoras, otros pensaron que el personaje criticado sería el autor de algunas de las colecciones insertables en distintos discursos -mencionadas antes-, por ej., las introducciones y las conclusiones de Antifón, las apócrifas *Tetralogías*, las piezas de Demóstenes, los "ἔλεοι" de

---

habló del origen sofístico de ciertas argumentaciones preparadas - "disputationes" - llamadas "loci" (cfr. Cicerón *Brutus* 12,46 y Quintiliano *Inst. Oratoria* III 1 10); e identificó los "λόγους ἐρωτητικούς" criticados por Ar. en 183b36 con los "clicheés" retóricos, por ej., sobre "res illustres" de Protágoras o sobre "res singulae" en el caso de Gorgias. Sin embargo, afirmé que no se trata todavía de los "τόποι" aristotélicos (cfr. pp. 167-170).

<sup>20</sup>Cfr. Sprute (1982), cap. III § 1 (a); para quien el sentido técnico del "lugar" en Ar. se remonta a Isócrates *Helena* 4, y no a la tradición sofística-mnemónica como afirmó F. Solmsen (1929). Kroll, *art. cit.* § 10 piensa, por otro lado, en otros pasajes de la obra de Isócrates.

<sup>21</sup>Cfr. Diógenes L. IX § 8,55. En Protágoras también pensó Sorabji (1972), p. 28.

<sup>22</sup>Cfr. Ryle (1965), pp. 47-8. Sobre el origen *helenístico* del frag. 90 (Diels-Kranz) cfr. el ignoto artículo de Conley (1985).

Trasímaco, y hasta las mismas discusiones verbales de Gorgias, entre otras<sup>23</sup>. Quienes, por otro lado, piensan en el sentido técnico de los "lugares", se inclinan, más bien, por Isócrates. Finalmente, reconociendo bajo la descripción de Ar. el contenido de los manuales de la época, otra vez se habla de los Δίσοι Λόγοι o de alguno escrito por Antístenes (445-365 a.C.)<sup>24</sup>. Reparando en las palabras de Platón: "quienes ahora escriben un arte" ("οἱ νῦν <τέχνην> γράφοντες" del Phaidr. 271c), piensan en el Helena y en el Palamedes de Isócrates<sup>25</sup>. En síntesis, las posiciones revisadas reconocen explícita o implícitamente que la crítica de Ar. pasa por la oposición entre un *método de enseñanza teórico* basado en principios antes que en ejemplos y otro resuelto por la *mera acumulación de ejemplos*; pero coinciden en proponer piezas o representantes *retóricos*, esto es, ligados al uso del discurso en contextos prácticos.

Antes de creer que es necesario decidir la primera oposición (entre enseñanza por principios y por ejemplos) hay que recordar que la supuesta técnica ofrecida por Los Tópicos de Ar. no descarta elementos de tradición sofística útiles tanto para el orador como para quien discute. En especial, da cabida a la memoria (Top. VIII 14 163b17) y ofrece cantidad de ejemplos asociados a los lugares ("τόποι"), aquellos puntos de vista bajo los cuales se construyen argumentos aplicables en distintas situaciones de diálogo (cfr. los libros II al VII). Por esto, Ar. no se inclinaría por algo *rechazando* lo explotado o aún lo descubierto por aquellos a quienes critica. Respecto de la segunda coincidencia de los *scholars* (proponer representantes retóricos) preferimos, en cambio, respetar cierta oposición vinculada con el tema en cuestión. Cuando proponen unánimemente representantes de la tradición oratoria en la respuesta definitiva, pasan por alto la *distinción entre materias*

<sup>23</sup>Cfr. Kennedy (1963), cap. III; y *supra* nota 12.

<sup>24</sup>Ryle pensó en el frag. 90 (cfr. (1966); pp. 199-200 y (1965), p. 48) y otras veces en Antístenes (cfr. (1965), p. 54).

<sup>25</sup>Cfr. Guthrie (1969), vol. III; p. 44, nota 4.

subyacente en el epílogo, esto es, entre argumentos retóricos y cierto argumentar, y consecuentemente eluden que el blanco de la crítica estaría comprometido, esta vez sí, con quienes de alguna manera, todavía asistemática - según la analogía con el maestro zapatero -, enseñaron a servirse de argumentos, entre ellos también retóricos. Además, no obstante que admitamos difícil, cuando no históricamente inatinerante, identificar a los miembros de una tradición diferenciándolos de la otra, dada la falta de un concepto unitario de aquellos maestros de retórica llamados "sofistas", - identificado, sin duda, desde los diálogos de Platón pero que vuelve a quedar desdibujado en los juicios que Ar. pronuncia sobre los miembros de la tradición *platónica* de sofistas<sup>26</sup>, a pesar, en suma, de la laxitud de los criterios históricamente autorizados para identificar la referencia, se puede contar con que al menos en el contexto inmediato del tratado el propio Ar. *delimita el concepto de sofistas y de erísticos en oposición a su concepto de dialéctica*<sup>27</sup>. A la luz de esta delimitación aristotélica se aclaran afirmaciones precedentes sobre la sofística (cfr. *ib.* 183b1-5) y hasta aquella comparación, supuesta en el epílogo, entre descubrimientos dentro de disciplinas referidas a distintos objetos, a la luz de la cual haría el balance de lo investigado por él mismo. En favor de considerar lo que antes llamamos tradición interna resulta claro que afirme que "en este estudio" ("πραγματεία") investigue el ámbito del argumentar a partir de opiniones comunes, entendido en "sentido amplio", de modo de incluir los argumentos sofísticos. Pues, de lo contrario, no habría razón para que se preocupe también por identificarlos (cfr. Sop. El.). De todos modos, aún suponiendo que la categoría general de

---

<sup>26</sup>Cfr. Gomperz (1912) y Classen (1986). El último, en principio, defiende que Ar. no comparte los prejuicios platónicos sino que tiene una valoración autónoma. Por ej., Ar. no considera a Trasímaco ligado a la sofística (cfr. *ib.* p. 69); y cuando habla de "sofistas" no habla de los miembros de la primera generación - de Protágoras, de Gorgias, de Pródico, de Hippias - sino de los de la segunda, sus contemporáneos (cfr. *ib.* p. 204).

<sup>27</sup>Cfr. *supra* nota 4: las clasificaciones de argumentos y Sop. El. 11.

sofista sea problemática, el texto del epílogo nos autoriza, como se dijo, a hablar de "erísticos" en general y así categorizar el estudio de Gorgias (Sop. El. 34 183b36-8). Por otro lado, lo retórico parece ser ajeno a la materia de las lecciones que culminan. Aunque reconozca que las clasificaciones pueden ser incompletas (cfr. Top. I 101a18-24), no aparecen en ellas los argumentos retóricos. "El cuerpo de la persuasión", esto es, el entimema, el símil y el ejemplo, son aquellas estructuras argumentativas propias de la retórica que el mismo Ar. elucidará por vez primera (cfr. Rhet. I 2 y 3, entre otros). Ahora bien, en particular, los ejemplos y los argumentos de Los Tópicos no tienen que ver con los argumentos retóricos mencionados sino, más bien, tratan acerca de cuestiones generales subsumibles bajo alguno de los predicables, aún allí donde argumente acerca de lo preferible (Top. III 1-4). En consecuencia, los objetos estrictamente particulares como las acciones, objeto de la retórica (cfr. Rhet. I 2 1355b25-6; 1357a1-2), no pertenecen al tema de Los Tópicos, más que en el sentido estrictamente lógico de aplicar a los casos lo aceptado respecto del universal. Además, tampoco tiene allí en cuenta lo perteneciente a la deliberación, ni a los distintos géneros oratorios; los cuales sí juegan un rol central en las discusiones sobre acciones mantenidas en foros judiciales o prácticos en sentido amplio, temas de la Retórica.

Por lo tanto, a la luz de las observaciones que acabamos de hacer y atendiendo además a que Ar. habla de "argumentos erísticos", su crítica podría estar dirigida a otra escuela contemporánea. No habría que descartar a los seguidores de Euclides de Megara (450-370 a.C.), posteriormente también llamados "dialécticos" porque acostumbraban a investigar en la forma de preguntas y de respuestas (cfr. Diógenes L. II 106)<sup>28</sup>. Habiendo conquistado cierta reputación por su destreza en la controversia verbal, se los llamó "erísticos"; por ej., la falacia del "mentiroso" se remonta a Eubúlides (cfr. *ib.* 109). Suidas

<sup>28</sup>Cfr. Natorp, "Dialektiker", *Pauly Wissowa, R. E.*; Bd. V, p. 321.

dice que Brysson junto con Euclides introdujeron la "erística dialéctica". Ar. recuerda del primero sólo ciertas figuras mal dibujadas y con ello mal demostradas cuando ejemplifica el argumento erístico del segundo tipo (cfr. Top. I 100b-25; 101a1-4), es decir, aquél que no parte de premisas propias al objeto sino más generales, por lo cual, también dice que es sofístico (Sop.El. 11 171b16). En principio, nuestra lectura repara en una de las escuelas fundada por uno de los seguidores de Sócrates en el siglo anterior al que vivió Ar. pero *no tan antigua* como los miembros de la primera generación de sofistas. Además, su forma interrogativa de investigar, de raíz socrática, concuerda con el tipo de discusión subyacente a las reglas del libro VIII<sup>29</sup> y a la competencia que el tratado apoya (Sop. El. 183b2-6), y está aludida en la caracterización del epílogo (cfr. "οἱ δὲ ἐρωτητικοὺς" Sop.El. 183b38). La tradición oratoria habría de apuntar, en cambio, al cultivo de la forma del discurso propiamente dicho. Otra cercanía con nuestro tratado tiene que ver con que los megáricos pertenecen también a la prehistoria<sup>30</sup> de la lógica propiamente dicha, ceñida a un ámbito propio y fundada como disciplina formal por Ar.. En la escuela megárica se habría también iniciado la comprensión de problemas lógicos suscitados por los enredos y por las falacias de los que fueron autores. En efecto, el sofisma desafió a la crítica y propició conatos de investigación a todo aquel que necesitara una respuesta, apremiado al menos por "el ida y vuelta" de preguntas y respuestas en la discusión. Al respecto debe tenerse presente que las falacias fueron el punto de partida y, fundamentalmente, dieron ocasión a reflexionar sobre la naturaleza del auténtico argumento. En Los Tópicos están los balbuceos que conducirán al descubrimiento del principio de la silogística, que habría de tener lugar *después* de

---

<sup>29</sup>Robinson (1931) descartó ya el modelo de diálogo supuesto en los testimonios platónicos (cfr. p. 440).

<sup>30</sup>Cfr. Kneale (1980), pp. 11-15. Un modelo de tales discusiones podrían haber sido satirizadas por Platón en el Euthyd.

que Ar. redactara aquéllos y *antes* de comenzar con Los Analíticos Primeros.

Por último, si Ar. no es víctima de la propia crítica dirigida a sus interlocutores erísticos, con el tratado debió haber superado los objetivos memorísticos de cierta enseñanza abocada al argumentar aparente y, con ello, debió haber enseñado el arte de argumentar antes que recopilar argumentos. Pero si esto es así, debiéramos entender que el tratado contiene principios sistemáticos, de la misma forma que los hubieron de contener los antiguos tratados sobre retórica tenidos como referencia. Entonces, no debe entenderse que bajo "arte" ("τέχνη") Ar. haya pensado sólo en una obra escrita; pues si fuera sólo esto, se ignoraría que Ar. efectivamente tuvo como modelo a la retórica en cuanto habrían sido descubiertos los principios acerca de cómo hacer discursos en los foros públicos de Atenas<sup>31</sup>, independientemente del mero hecho de que se hubieran escrito libros. Si esto es así, entonces, a través de la analogía estaría criticando en realidad la falta de sistematicidad o al menos el carácter acumulativo y catalogizante de cierta tradición<sup>32</sup>. Por lo tanto, en vista de lo anterior resta plantear cómo Ar. concretamente supera la enseñanza de los maestros de erística, esto es, dónde da los principios del argumentar. ¿Acaso el "camino" ("μέθοδος") por el que comienza a interrogar en el primer libro de la obra contiene aquel grado de sistematicidad requerida en un arte? En caso afirmativo, ¿por qué? De hecho en los cap. 4 al 9 de Top. I Ar. presenta a los predicables, aquello de lo cual trata toda predicación y como tal subyace a toda pregunta dialéctica. Si atendemos además al hecho de que los lugares ("τόποι") recopilados desde el libro II al VII de la *Topica* fueron agrupados alrededor de uno de los cuatro

<sup>31</sup>Cfr. *pace* Wieland (1958), p. 78, nota 10.

<sup>32</sup>La "τέχνη" supone haber descubierto y por ello ofrecido un "elemento normativo" de raíz platónica (cfr. Solmsen (1929), p. 169), "un procedimiento universal o general" (cfr. Thionville (1855/1983), p. 20; Düring (1966), p. 70; y Kennedy (1963), p. 102).

predicables, yendo desde lo más universalmente aplicable y fácil de refutar (el accidente) hasta lo más difícil de establecer (la definición), pasando por el género y lo propio; resultaría que la técnica se basa en los siguientes "principios": los predicables y los lugares dialécticos. A través de los primeros fueron explicadas cuatro formas de predicación, mientras que los últimos serían puntos de vistas a partir de los cuales una de las cuatro predicaciones puede ser afirmada o establecida; por lo cual, los lugares sirven para encontrar y construir argumentos aplicables a la situación en cuestión<sup>33</sup>. Pero además de esto, Ar. se ocupa de dar consejos acerca de cómo preguntar y de cómo responder en un diálogo, en cuyo caso no habla de arte sino de cierta habilidad ("δύναμις") desarrollada a partir del ejercicio o práctica y de la memoria (Top. VIII 14). Al final, explica y devela argumentos aparentes (Sop. El.), de forma tal que la "técnica" estaría resumida en los respectivos criterios de explicación y en los formas de responder asociadas a ellos. Entonces, teniendo en cuenta el fin para el cual se usan las reglas transmitidas en cada caso, forzoso es reconocer que "lo nuevo" transmitido en Los Tópicos es *múltiple y heterogéneo*. Así, el tratado contiene, al menos, pautas para la definición (I-VII), para la discusión (VIII) y finalmente para explicar y defenderse de sofismas (IX). Una lectura extrema buscará una comprensión sistemática no sólo de las partes sino también del conjunto del escrito. En el último caso, ella deberá enfrentarse con el hecho de que estructuras disímiles, cuando no fines irreconciliables, hayan sido por igual reunidos bajo una misma voz: "συλλογίζεσθαι"<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup>Concretamente Solmsen (1929) defiende que a través de los "lugares" aristotélicos, no sofísticos, Ar. supera a los sofistas porque aquellos contienen el grado de abstracción asociado al descubrimiento de un arte (cfr. p. 169). Del mismo modo: "los lugares son el corazón del "método". (Stump (1978) Introducción).

<sup>34</sup>Cfr. Kapp (1920) afirmó que intereses sofísticos en la discusión y preocupaciones platónicas por la definición son imposibles de reconciliar y atentan contra la unidad de la obra y, por añadidura, de toda lectura

Antes de toda especulación tendiente a responder en algún sentido el problema de la unidad en la obra - pregunta que excede el presente trabajo -, ha sido probado que la investigación de Los Tópicos es anterior a la redacción de los Analíticos Primeros y, por ende, al descubrimiento del silogismo como inferencia formal y de los principios de la silogística. En otras palabras, el capítulo 34 de las Refutaciones no contiene el epílogo del conjunto del *Organon*, como lo sugiriera el orden fijado por Andrónico de Rodas (I. d. C.)<sup>35</sup>. En consecuencia, no debe ya pensarse que lo nuevo aportado por Ar. sean los principios de la lógica formal sino aquello sin lo cual la lógica como disciplina formal no habría sido descubierta ni fundada por Ar.<sup>36</sup>: aquel ámbito que fuera ya cultivado por los maestros de retórica de la época a quienes la tradición llamó con el título general de *sofistas*, entre los cuales, más allá de toda discusión, los "erísticos", sin duda, debieron contarse. En realidad, habría de investigar aquel "argumentar sobre cualquier cuestión a partir de opiniones comunes, evitando caer en contradicción", (cfr. Top. I 1 100a19-21).

*Universidad Nacional de La Plata*

---

sistemáticamente coherente del conjunto (cfr. Diller 1968; pp. 217-218).

<sup>35</sup>Thionville (1855) trató a Sop. El. 34 como el final del *Organon* (cfr. *op. cit.* p. 20). Recogiendo la tesis de Brandis (1935) y de Maier (1896-1900), Kapp (1942) puso definitivamente en claro los supuestos de la anterioridad del escrito que investigamos (cfr. cap. IV).

<sup>36</sup>"Aristotle's pedagogic interest in the Art of constructing and rebutting elenchi leads him into the pure theory of valid *versus* fallacious argument, but only at a later stage. The idea of Confutation-without cheating precedes the idea of validity." (Ryle (1965), p. 67). En el mismo sentido, Wieland (1958).

## BIBLIOGRAFÍA

## 1. Textos

- Aristoteles. *Topica et Sophistici Elenchi*, W. D. Ross, Oxford, 1958.  
*Topiques I-IV*, J. Brunschwig, Paris, 1967.  
*I Topici*, A. Zadro, Napoli, 1974.  
*Rhetorica*, W. Ross, Oxford, 1959.  
*Alexandri Aphrodisiensis in Aristotelis Topicorum Libros octo Commentaria, Commentaria in Aristotelem Graeca*, M. Wallies (ed.), Bd. II, 2, Berlin Reimer, 1891.  
Platon. *Werke* (texto de la ed. de A. Diès (Paris, Belles Lettres) con trad. y notas de F. Schleiermacher (Berlín, Realschul.)), Darmstadt, 1977.  
Diogenes Laerzio. *Vite dei Filosofi*, Bari, 1962.

## 2. Literatura específica

- Classen, J. (1986) "Aristoteles' Darstellung der Sophistik und der Sophisten", en *Ansätze, Beiträge zum Verständnis der frü griechischen Philosophie*, (J. Classen, Hrsg.), Amsterdam; 191-217.  
Conley, T. (1985) "Dating the so-called Dissoi Lógoi: a cautionary note", *Ancient Philosophy* 5, #1; 59-65.  
Düring, I. (1966) *Aristoteles und sein Denken*, Heidelberg.  
Eucken, C. (1983) *Isokrates*, Berlin.  
Gigon, O. (1987) "Die Gestalt des Sokrates als Problem", en A. Patzer; 270- 322.  
Gomperz, T. (1912) *Sophistik und Rhetorik*, Leipzig.  
Guthrie, W. K. C. (1969) *History of Greek Philosophy*, Cambridge, vol. III.

- Havelock, E. (1934) "The evidence for the teaching of Socrates", en A. Patzer (1987), 240-258.
- Kapp, E. (1920) *Die Kategorienlehre in der aristotelischen Topik*, en E. Kapp, *Ausgewählten Schriften*, (H. Diller, Hrsg.), Berlin 1968; 215-253.
- (1942) *Greek Foundation of traditional Logik*, New York.
- Kennedy, G. (1963) *The Art of Persuasion*, New Jersey.
- Kneale, W & M (1961) *El desarrollo de la lógica*, Madrid, 1980.
- Kroll, W. "Rhetorik", *Pauly Wissowa; Real-Enzyklopädie*, Bd. VII, 1039-1063.
- Morau, P. (1951) *Les listes anciennes des Ouvrages d'Aristote*, Louvain.
- Natorp, P. "Dialektiker", *Pauly Wissowa, R. E.*; Bd. V, 320-1.
- Patzer, A. (ed.) (1987) *Der historische Sokrates*, Darmstadt.
- Robinson, R. (1931) "The historical Background of Aristotle's *Topics VIII*", *Proceed. of VIII. Intern. Congress of Philosop.*; 437-442.
- Rossetti, L. (1971) "Neueste Entwicklungen in der sokratischen Frage", en A. Patzer (1987), 391-433.
- Ryle, G. (1965) "Dialectic in the Academy", en *New Essay on Plato and Aristotle*, (R. Bambrough; ed.) Londres, 39-68.
- (1966) *Plato's Progress*, Cambridge.
- Solmsen, F. (1929) *Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rhetorik*, Berlin.
- Sorabji, R. (1972) *Aristotle on Memory*, Londres.
- Sprute, J. (1982) *Die Enthymemtheorie der aristotelischen Rhetorik*, Göttingen.
- Stump, E. (ed.) (1978) *Boethius's de Topicis Differentiis*, Ithaca/Londres.
- Thionville, E. (1855) *De la théorie des Lieux Communs dans Les Topiques d'Aristote et des principales modifications*, 1983.
- Untersteiner, M. (1949) *I Sofisti*, Torino.
- Wieland, W. (1958) "Aristoteles als Rhetoriker und die exoterischen Schriften", *Hermes* 86; 322-346.